

cion de Veracruz, é insiste en marchar á México para salvar á sus nacionales, víctimas cada dia de nuevos atropellos, y declara que no volverá á tratar mas con el gobierno de Juarez.

Los comisarios inglés y español replican á su vez que nada significa una resolucion semejante, y que no aceptan ni suscriben esa contestacion á Doblado. Al mismo tiempo declaran, que si los franceses persisten en oponerse á la retirada de los emigrados mexicanos y en no tomar parte en las conferencias del 15 de Abril, se marcharán del territorio mexicano, considerando esa conducta como una violacion del tratado de Lóndres y de los preliminares de la Soledad.

El vicealmirante frances manifiesta entonces que cualquiera de los aliados que permanezca en México, puede obrar en favor de los intereses de las tres potencias; pero los comisarios inglés y español contestan que eso compete solo á sus gobiernos.

Se discute luego el modo y época en que las fuerzas inglesas y españolas deben evacuar el territorio. El vicealmirante ofrece los buques franceses para trasportar las tropas españolas; pero el conde de Reus declara que solo hará uso de los buques ingleses.

Tal es la famosa acta de Orizava, que tan honda impresion produjo en Europa, y que inauguró una época de tristeza y de cruentos sacrificios!...

El 20 salió de Orizava el general Prim, encontrando en el camino de Veracruz al general Lorencez, que avanzaba con sus tropas. Las españolas siguieron hasta aquel puerto para embarcarse á bordo de los buques ingleses, que el comodoro Dunlop y Sir Ch. Wyke habian facilitado con tanta complacencia al general Prim. En la Habana se vió con tristeza suma á los bravos soldados españoles volver sin haber cumplido su gloriosa mision, que tantas simpatias habia encontrado en la isla, conocedora de las desgracias de México y de su único remedio. El general Prim fué á los Estados Unidos, antes de seguir para Madrid, habiendo sido muy bien recibido y obsequiado por los americanos del Norte.

CAPITULO VIII.

El gobierno español aprueba al general Prim.—Opinion de algunos diputados y senadores españoles.—Resentimiento de la Francia.—Impresion en Europa.—La Inglaterra aprueba la ruptura.

El gobierno español que, como se ha visto, habia desaprobado en detalle lo hecho por el general Prim, aprobó completamente su conducta despues de la retirada, y lo declaró así en la solemne discusion del senado y del congreso de los diputados. El gobier-

no español, despues de examinar en su conjunto la conducta del conde Reus y de todas las fases de esta negociacion, encontró que el conde habia interpretado fielmente su política y sus instrucciones. Desde entonces desembarazó al general Prim de toda responsabilidad y asumió ante la nacion y ante la Europa la de las consecuencias de estos acontecimientos.

En la cámara de diputados exclamaba el orador democrata Sr. Rivero: «Marchábamos victoriosos á México. ¿Dónde están nuestros soldados? En la Habana; y en vez de ellos están los franceses por el camino épico y glorioso que recorrian los soldados de Hernan Cortés. Me chorrea sangre el corazon; hay una vergüenza patriótica que me cubre en este momento. A Cortés y sus soldados les cupo la gran gloria; á nosotros la gran vergüenza. ¿Y esta es la política que defendeis? ¿Son estos los grandes triunfos que presentais?

«Y yo preguntó al gobierno: la vuelta del ejército español, ¿es un gran triunfo? Porque el señor ministro ayer hablaba de la influencia que habia adquirido España desde que el ministro actual regia los destinos del país, y yo no creo que ha habido desde 1808 acá un acontecimiento internacional que haya herido mas y haya causado mas luto á mi país. Si teniamos que hacer allí, ¿por qué nos hemos vuelto? Si no teniamos que hacer, ¿por qué hemos ido?

¿No sentirá nuestro ejército en la isla de Cuba ver á los franceses ir por el camino que Hernan Cortés ilustró con su epopeya?»

El diputado progresista Sr. Olózaga exclamaba:

«Ya habeis visto el resultado que habeis obtenido con vuestras negociaciones diplomáticas, y las consecuencias que nos ha traído una expedicion en que se fiaban tan importantes resultados.

«Los Estados-Unidos, contra los cuales podía haberse pensado en levantar un valladar que contuviese la invasion de la raza anglo-sajona, tienen el mismo motivo de queja y odio hácia nosotros que si lo hubiésemos realizado, porque bien demostrado queda que no ha sido por falta de deseo, sino de la conveniente inteligencia y prevision.

«Las repúblicas americanas, que con tanto menosprecio han tratado á nuestros nacionales, que han violado los tratados, que han insultado nuestro pabellon y que podian temer al ver que España por primera vez enviaba una expedicion respetable y se unia con otras potencias para hacerlas reconocer su superioridad en aquel continente, aumentarán su audacia y tratarán peor á los desgraciados españoles.

«Los partidarios conservadores, tanto en México como en las demas repúblicas americanas, que han sido siempre favorables á los españoles, se han vuelto contra la España, y se declaran, y no pueden menos de declararse partidarios de la Francia.

«Y sobre todos los males materiales, y sobre todas las desgracias que á esto se siguen, hay un mal moral, hay un mal que siente uno en el fondo de su alma y que no tiene remedio. Cuando ha sabido la América, cuando ha sabido el mundo entero que los soldados españoles habian pisado el territorio que ilustraron con sus admirables hazañas Hernán Cortés y sus heroicos compañeros, y que han abandonado aquel territorio, no solo sin exigir y obtener satisfaccion cumplida de los agravios, sino hasta sin pedirla, habeis echado un borron en la página mas brillante de nuestra historia que las páginas de nuestra independencia en los tiempos antiguos y modernos.»

Y el elocuente diputado Sr. Rios Rosas:

«Ya lo sabe el congreso: lo estamos contemplando y nos parece un sueño; en América se ha abdicado para mucho tiempo, cualquiera que sea la conducta ulterior del gobierno, con estos hombres ó con otros; se ha abdicado, digo, para mucho tiempo la influencia moral, la influencia legítima que deberiamos ejercer, no solo en México, sino en toda la América española; y con esa influencia se ha abdicado la defensa de nuestros nacionales, de nuestros principios, de nuestros intereses políticos y materiales, la defensa, la custodia, el cultivo y el desarrollo de nuestra civilizacion en el mundo....»

«Si habiamos ido allí para derribar á Juárez; si ha-

biamos invocado la cooperacion de sus enemigos; si habiamos ido prometiendo al país la libertad de accion necesaria para que derribase á aquel gobierno y para que crease un gobierno nacional, el gobierno que quisiese; si todo era cierto, ineconcuso, notorio, cuando nos aliabamos con Juárez, ¿qué haciamos? ¿cuál era el resultado de nuestra actitud? Que á los enemigos de Juárez les habiamos tendido un horrible lazo. Eso pueden decir los mexicanos, eso dicen; por eso estamos hundidos allí, por eso no podemos levantarnos en mucho tiempo.»

El diputado y escritor Sr. Coello y Quesada:

«Seamos francos, y apelo á la conciencia de todos los hombres que han sido gobierno de mi país, y podria apelar á la misma conciencia del Sr. Olózaga que ha ocupado puestos diplomáticos importantes en Europa: esta accion mancomunada de la Francia, de la Inglaterra y de la España en los asuntos de México, esta intervencion que no se dirige á conquistar ni á dominar, ni á imponer ninguna clase de gobierno, sino á colocar á México en situacion de poder darse un gobierno digno del siglo en que vivimos, ¿no ha sido *el bello ideal* de los gobiernos de nuestra patria? Un año y otro año hemos deseado esa accion que han impedido, primero, nuestras disensiones civiles, nuestra impotencia; despues la indiferencia con que esas dos grandes naciones de Europa, la Francia y la Inglaterra, habian

visto las calamidades de México, y por último, el veto de los Estados-Unidos, la doctrina Monroe.»

El señor general senador marqués de Novaliches:

«Pero ya que el ministerio por su gusto, con datos como nadie, siendo el único que podía tenerlos para poder apreciar mejor todo lo pasado, ha querido que pese sobre él la responsabilidad, yo le diré que no se trata de cuestion extranjera, que no se trata de cuestion francesa, que se trata sola y exclusivamente de cuestion nacional, de cuestion española. ¿Y qué satisfaccion les dará á los españoles que habiendo ido á México, y pensando cruzar sus manos con las de sus hermanos los soldados de la reina que habian quedado en la Península, han visto defraudadas sus esperanzas? ¿Qué satisfaccion les dará á los pueblos que han mandado á sus hijos á aquel país mortífero donde tantos han perecido? ¿Qué satisfaccion le dará á la nacion que ve consumirse á raudales el tesoro público? Vuestra conciencia, señores ministros, os lo dirá; vuestra conciencia os dirá la única satisfaccion que le queda al país.»

Resentido el gobierno frances de la solemne aprobacion que el de España habia dado á lo hecho por el conde de Reus, aprovechó la ocasion con que le brindaba la nota del ministro de Estado español de 21 de Mayo al encargado de negocios en Paris, disculpando y aprobando al general Prim.

Consideraba el gabinete de Madrid que la carta del vicealmirante La Gravière justificaba las resoluciones del conde de Reus, toda vez que este habia creído encontrarla ofensiva á su país. A lo cual respondia Mr. Thouvenel: «que no se debia dar tanta importancia á una carta privada, y que las buenas relaciones del almirante con el general español álejaban toda sospecha, como lo prueba la cordialidad de la respuesta á esa carta por el general Prim.

«Que el gobierno frances habia dado pruebas de los buenos sentimientos que siempre ha abrigado por la España, y que la divergencia de algunos puntos secundarios no era un motivo para abandonar una empresa en que el gabinete de Madrid habia manifestado tanto ardor, que hasta parecia como que queria hacerse justicia por sí mismo antes de negociar; que el cambio cordial de ideas y las seguridades dadas por la España, hacian creer que las instrucciones dadas nuevamente á los agentes respectivos estaban de acuerdo é iban á producir una marcha mas decidida, como parecia indicarlo la carta del general Prim de 21 de Marzo al vicealmirante, por lo cual no podia comprender el gobierno de Francia el reproche del de España al Sr. La Gravière, de querer subordinar los intereses directos y personales que llevaron á los aliados al establecimiento previo de una monarquía, sobre todo des-

pues de las explicaciones frecuentemente enviadas á Madrid por el gobierno frances y de la proclama de sus plenipotenciarios despues de la ruptura, en la cual, conformando sus palabras con sus actos, negaban toda intencion de establecer un gobierno que el país rechazase.»

Como el Sr. Calderon Collantes insistia mucho en que el almirante parecia como sentir que la expedicion tuviese un carácter demasiado español, Mr. Thouvenel respondia «que el almirante lo que quiso decir fué, que en ciertas eventualidades la accion independiente llegaria á ser el derecho de cada uno, y que no debía sorprender esto, sobre todo al ver que un periódico (*El Eco de Europa*) que se imprimia á la vista del conde de Reus, no perdia ocasion de representarle como «el alma y la personificación completa de esta empresa,» y que ademas el mismo general Prim escribia á su gobierno en 27 de Febrero, «que el elemento español debía predominar, ya á causa de la situacion particular de la España, ya por la iniciativa tomada por ella en esta importante empresa.»

En cuanto á los hechos especiales que habian motivado la ruptura, es decir, la proteccion acordada al general Almonte, el ministro Thouvenel «la encontraba justificada con las mismas apreciaciones hechas por el Sr. Calderon Collantes cuando la expulsion del general Miramon, pues en 7 de Marzo

escribia al conde de Reus, que era de temerse se turbase la buena inteligencia entre los aliados, si uno de ellos se creía con derecho de dictar contra algun mexicano medidas semejantes á las aplicadas contra Miramon; porque eso equivaldria á ejercer una especie de soberanía que daria lugar á debates peligrosos y á violencias dificiles de justificar, y que el representante de S. M. Católica tenia la importante mision de proteger á todos indistintamente, y de impedir todo acto que pudiese aparecer apasionado ó violento.»

«En fin, con la proposicion que habia hecho el gobierno español de abrir una nueva conferencia, nada se habria adelantado, pues basta el comparar las fechas para convencerse que no se hubiera impedido la ruptura.»

Para terminar, el gobierno frances declaraba «que cada gobierno pronuncia soberanamente en todas las cuestiones en que su dignidad y sus intereses están empeñados; que no le toca investigar por qué ahora el gobierno español adopta una política de conciliacion y de deferencia, cuando ninguna ofensa ha sido vengada, ningun perjuicio reparado; y que al cumplir solos la tarea comenzada en comun, exigirian de México garantías serias y duraderas para el porvenir, al mismo tiempo que ayudaria al país á salir de la anarquía que le devora, en lo cual haria la Francia un servicio á la civilizacion y á las nacio-

nes aliadas, de cuyos intereses no se apartaría en aquellas regiones.»

Fácilmente se colegirá que del disgusto del gobierno francés participaba con energía la Francia entera, que se veía abandonada precipitadamente por sus aliados, después de haberse perdido tantos meses que permitieron al gobierno de Juárez fortificar puntos que la naturaleza había ya hecho formidables y aumentar su ejército, mientras que los aliados discutían constantemente hasta acabar en un lastimoso rompimiento. La Europa entera no dejó duda alguna de cómo apreciaba los hechos, y la caída del ministerio español después de los elocuentes discursos que se pronunciaron en las Cortes españolas, mereció la aprobación general.

La Inglaterra aprobó también la ruptura. Su egoísmo tradicional, sus pocas simpatías por la raza latina y por el catolicismo, el miedo á los Estados- Unidos, la dificultad de movilizar sus tropas y el regocijo del mal ajeno, la hicieron desaparecer de una empresa cuyo mal éxito le alcanzaría en su día y se lo harán sentir los Estados- Unidos.

CAPÍTULO IX.

El ejército francés en Orizava.—Pronunciamento de Córdoba y Orizava en favor de la intervención.—Se le une la brigada Galvez.—Proclama de Almonte.—Ataque á Puebla.—Descalabro de los franceses.—Se les une el general Márquez.—Derrota de las fuerzas mexicanas por las francesas en Orizava.—La prensa en México.—Va allá el ministro inglés y se vuelve amigo del gobierno.—Hace con este un tratado que no aprueba la Inglaterra.—El secretario español lleva á México un proyecto de tratado.

Volvamos á México.—Con arreglo á los convenios de la Soledad, la fuerza francesa salió de Orizava dejando allí los enfermos. El general Zaragoza, el mismo día que había dirigido una fuerte intimación á los aliados para que no avanzaran (intimación de que no hicieron caso), reclamó contra la poca fuerza que decía había quedado en Orizava el 19 de Abril, después de algunos pequeños encuentros de su caballería con las tropas de Juárez, que fueron rechazadas.

Al mismo tiempo las ciudades de Córdoba y Orizava se adherían con entusiasmo á la intervención, y el general Galvez se unía con su brigada al ejército francés.

El 21 dirigió el general Almonte á los mexicanos una proclama en que les decía: